

# RESEÑAS

---

Pablo Martín Aceña, *La guerra eterna. Grandes pandemias de la historia*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021, 160 págs., 16,50€

Pablo Martín Aceña ha escrito un precioso libro de divulgación histórica sobre las pandemias a lo largo de los siglos, un fenómeno que ha adquirido gran actualidad con la COVID-19, pero que ha estado siempre presente en la evolución de la humanidad —«la guerra eterna»—, causando severos impactos demográficos e induciendo cambios notables de orden institucional, económico y político.

Martín Aceña nos ilustra que se han producido ciertas regularidades en los episodios pandémicos a lo largo de los siglos y nos ayuda a desmontar algunos tópicos. Se detiene especialmente en la peste en tiempos de Justiniano, desde mitad del siglo vi hasta mediados del viii; en la llamada peste negra, desde la década de 1340 hasta el siglo xvii, aunque siguieron produciéndose brotes hasta el siglo xix; en las epidemias en el Nuevo Mundo, que contribuyeron, junto a los efectos de la brutal explotación de los indígenas y de la desestructuración de sus comunidades, a reducir drásticamente las poblaciones autóctonas; y, por último, en la llamada «gripe española» de principios del siglo xx.

Nos introduce con sencillez en los aspectos biológicos de las epidemias mostrándonos cómo se fueron superando los errores conceptuales reinantes durante siglos y se acabó aceptando, allá por el siglo xvi, que las enfermedades no las causaban los desequilibrios de los fluidos, sino que en la mayoría de las ocasiones eran la consecuencia del asalto de agentes externos. Esto

facilitó el avance de la medicina y, posteriormente, sentaría las bases de las políticas sanitarias.

En las pandemias la enfermedad se propagó por extensísimas zonas del planeta y acabó teniendo un impacto demográfico muy importante. La peste justiniana afectó a toda la cuenca mediterránea, y de ahí se extendió por Europa, llegando a las islas británicas y a Escandinavia. Por el Este, afectó a Asia Menor y llegó a Persia. Se estima que hubo 17 oleadas y que murieron entre 16 y 18 millones de personas, un 60% de la población inicial.

La peste negra del medievo, causada probablemente por el mismo bacilo de la peste justiniana, recorrió Europa, el norte de África, Oriente Medio y Asia, devastando una y otra vez las poblaciones afectadas. En Europa, solamente durante los cinco años de la Gran Peste (1347-1352) murieron 30 millones, el 30% de los habitantes. Y, durante muchas décadas más, la población europea siguió en descenso debido a la pervivencia del bacilo. En otros lugares del mundo —India, por ejemplo—, los efectos fueron igualmente devastadores.

Las epidemias a partir de la conquista del continente americano tuvieron características bien diferentes de las otras analizadas en el libro: no fueron causadas por un único agente patógeno y, quizá por eso, su patrón de extensión es menos claro y la elevada mortandad no es atribuible solamente a la propagación de las distintas enfermedades. La brutal explotación a la que los conquistadores sometieron a los indígenas y la destrucción de sus comunidades fueron también causas importantes de la drástica disminución de la población, hasta su total exterminio en algunas zonas. En este sentido, el capítulo sobre las epi-

demias en América tras la conquista –excelente, por otra parte– quiebra un poco la unidad narrativa. Martín Aceña conjetura, sin embargo, que la voracidad de las nuevas enfermedades contribuyó a debilitar la capacidad de resistencia militar de las poblaciones indígenas ante el empuje del puñado de conquistadores, un grupo sustancialmente inferior en número, y con ello a sus derrotas en todo el continente.

En la «gripe española» de principios del siglo xx, Martín Aceña nos sugiere que el nombre se debió a que la prensa española, no sometida como ocurría en los países beligerantes al control por motivos militares, era prácticamente la única que reportaba los estragos causados por la epidemia, que se extendió rápidamente por todo el planeta debido a la intensificación del comercio en medios de transporte mucho más rápidos que antaño y al traslado de tropas implicadas en la Primera Guerra Mundial. En dos años, la Spanish Lady causó entre 50 y 100 millones de muertes.

Las hambrunas no fueron la causa de las pandemias, la causalidad se dio en sentido contrario: las pandemias causaron difíciles condiciones para abastecer a la población de medios de sustento, por la caída de la producción y la interrupción del comercio, y de ahí las hambrunas. La reducción de la producción –agrícola, pero también artesanal– por la disminución de la fuerza del trabajo mermada por la enfermedad, fue la consecuencia más grave del impacto demográfico de las pandemias. Tuvieron, a su vez, consecuencias muy claras sobre los precios, que indujeron profundos cambios institucionales.

En las pandemias, la oferta tendió a disminuir más que la demanda, con lo que se produjo una elevación de los precios. También de los salarios, por la sustancial reducción de la disponibilidad de mano de obra. La menor disponibilidad de brazos en la agricultura dio lugar a una reducción del precio de la tierra. Mayores salarios y un menor nivel de rentas de la tierra afectaron a la distribución a favor de los asalariados y en contra de los propietarios agrícolas. Como apunta Martín Aceña, en varios episodios pan-

démicos se produjo un cierto efecto nivelador de las rentas.

La reducción de la fuerza de trabajo y los cambios en los precios relativos indujeron –como se explica en el libro que estamos comentando– cambios políticos e institucionales: produjo el debilitamiento de las haciendas con múltiples consecuencias obvias, provocaron los primeros intentos en la historia de doblegar el poder reivindicativo de los asalariados –ya Justiniano intentó vanamente regular precios y salarios, lo que se repitió con idénticos resultados con ocasión de la peste medieval–, los cambios en los precios relativos y la disminución de la población rural provocaron procesos innovadores en la agricultura –nuevos cultivos y nuevas técnicas, tanto en la peste justiniana como en la medieval–, las instituciones medievales se debilitaron en Europa –los siervos fueron adquiriendo capacidad negociadora y se quebró el modelo medieval, los gremios artesanales perdieron poder y los trabajadores empezaron a moverse libremente–, instituciones imperiales españolas como las encomiendas entraron en crisis hasta su práctica desaparición –la disminución de la fuerza de trabajo en el Nuevo Mundo hizo que esta forma de esclavitud comunal se fuera sustituyendo por la asalariación de la mano de obra–.

Las pandemias han contribuido poderosamente a los cambios de época. La peste justiniana debilitó irremediablemente el imperio, la peste negra destruyó, como hemos visto, las instituciones medievales, dando paso a sociedades urbanas precapitalistas y, también, según sostienen algunos autores mencionados en el libro, al liderazgo europeo. Lo que me parece fuera de toda duda es que la sustitución de los vínculos de servidumbre y la estratificación gremial por relaciones contractuales, inducida en buena medida por la peste medieval, fue la base del marco institucional que facilitó las innovaciones de los siglos xviii y xix.

Las pandemias también han afectado al curso de la historia por otras vías. Pablo Martín Aceña nos cuenta cómo la «gripe española» influyó probablemente en el resultado de la Primera

Guerra Mundial –el impacto sobre el ejército alemán fue durísimo– y con seguridad afectó los términos del Tratado de Versalles, cuyas consecuencias marcaron negativamente la primera mitad del siglo xx.

Ha sido frecuente en la historia que la ignorancia y el sectarismo interesado haya recurrido a «sospechosos» para culpar de los males de las pandemias: los judíos, los herejes y los paganos han sido los habituales, los extranjeros también, pero en ocasiones otros grupos, como los homosexuales –en la peste justiniana, por ejemplo–.

Pese a la falta de conocimiento y la escasez de instrumentos adecuados, se han puesto en práctica a lo largo de la historia medidas de salud pública para abordar los efectos de las pandemias. El recurso a prácticas de confinamiento y de restricción de la movilidad de personas y mercancías empezaron ya con la peste justiniana y fueron más frecuentes en la prolongada peste medieval. Los lazaretos para confinar a los que arribaban a los puertos son una expresión de esa rudimentaria política sanitaria.

¿Cómo terminaron las pandemias? Martín Aceña sugiere que no está claro y que probablemente coincidieron multiplicidad de causas: mutaciones de los bacilos, que en un momento dado se hicieron menos agresivos; inmunización de los portadores –las ratas que llevaban consigo las pulgas que transmitían el bacilo *Yersinia pestis* disminuyeron su mortandad, interrumpiendo la cadena de contagio–; inmunización relativa de los humanos; mejora de las condiciones de habitabilidad urbana, etc.

Y así hemos llegado a la covid-19. Su impacto demográfico está siendo sensiblemente menor

por las medidas de política sanitaria adoptadas –confinamiento, uso de mascarillas y, finalmente, vacunas–, y sus efectos económicos también están siendo menos graves, por el menor impacto demográfico y por las acciones de políticas públicas adoptadas. Pese a algunas resistencias, amplificadas por los nuevos medios de comunicación social, las acciones públicas en materia de salud y las de sostenimiento de rentas han sido bien recibidas y han reducido el temor social. Se han producido perturbaciones en la oferta, probablemente menos transitorias que lo que esperábamos, por daños causados en las cadenas de suministro. Parece, en cambio, que la demanda se está recuperando con fuerza, lo que sugiere que las tensiones inflacionistas también van a ser menos transitorias de lo que se anticipaba. No se observa en esta ocasión ningún efecto nivelador de las rentas. Más bien un nuevo salto en el proceso de creciente desigualdad en el que estamos desde hace cuarenta años. Los cambios permanentes que la pandemia va a introducir en la forma e intensidad de la globalización no parece que vayan a significar un cambio de era. Tampoco alumbrará, me temo, unos poderes públicos más transparentes y responsables, como justamente reclama Pablo Martín Aceña.

En definitiva, un magnífico libro que se lee fácilmente, porque está muy bien escrito, y del que se aprende mucho sobre un fenómeno que, como sugiere su título, ha estado siempre presente y lo seguirá estando.

**Carlos Sebastián**